

Introducción

Salvador Nava Martínez,
una historia de ejercicio ciudadano

En el calendario cívico del estado de San Luis Potosí, y seguramente en el de México, 2008 es un año que adquiere una relevancia significativa, toda vez que se cumplen 50 años del inicio formal del movimiento navista. Fue el primero de noviembre de 1958, en la capital potosina, cuando se legalizó la fundación de la Unión Cívica Potosina (UCP), como una organización que le daba sentido social a una postura ciudadana que veía en la permanencia del cacique regional, el general Gonzalo N. Santos,¹ el peor de los males para un pueblo que aspiraba a elegir libremente a sus autoridades y lograr mejores niveles de desarrollo. A la postre, esta organización fue referente fundacional de un movimiento social que representa la conciencia cívica de todo un pueblo.

La decisión de instituir la UCP respondió a la necesidad de incluir a otros sectores sociales, como empleados, obreros, estudiantes y empresarios, en un movimiento cívico que había iniciado meses atrás bajo la denominación de Federación de Profesionistas e Intelectuales (FPI),² organización adherida al

¹ El General Gonzalo N. Santos fue gobernador de San Luis Potosí durante el período 1943-1949. Miembro de una familia que participó activamente en el movimiento revolucionario de 1910, su hermano Pedro Antonio, fue abogado de Francisco I. Madero. Fue fusilado en Tampamolón Corona, su pueblo natal en 1913; junto con su hermano Samuel, militó en el Ejército del general Álvaro Obregón; y entre 1935 y 1939 fue embajador de México en los países bajos.

² Entre los miembros fundadores de la Federación destacaron: Dr. Alberto Alcocer, Dr. Artemio Bandín, Dr. Salvador Nava, Dr. José Martínez Rueda, Dr. Benjamín Delgado, Dr. Fortunato Ferrer, Dr. Óscar Camacho, Dr. Jorge Benavente, Dr. Fidel Gerda, Dr. Everar-

Partido Revolucionario Institucional (PRI) que había servido al grupo que la integraba como un instrumento institucional para participar en las elecciones internas del partido hegemónico por algunas candidaturas al ayuntamiento de San Luis Potosí.

Sin embargo, frustrado el intento por lograr candidatura alguna por las siglas del revolucionario institucional, quienes formaban parte de la FPI decidieron crear la UCP como una organización formal que les permitiera continuar por la vía institucional su lucha político-electoral contra el cacicazgo de Santos, decisión que terminó por darle sentido a una tarea emprendida por muchos ciudadanos para ejercer plenamente sus derechos ciudadanos, y que con el pasar de los años terminó por transformarse en lo que hoy conocemos como navismo.

El denominado navismo debe su nombre básicamente al médico oftalmólogo Salvador Nava Martínez; sin embargo, no debe perderse de vista que este médico fue portador del buen prestigio que había construido todo el clan familiar desde la década de 1940.

Salvador era miembro de una familia integrada por seis hermanos: Manuel, Pedro, José, Carlos, Rafael y María de la Luz, de los cuales cuatro eran médicos. La profesión de los miembros de la familia es la mejor forma de explicar su arraigo en la sociedad potosina, sobre todo si se considera que en la primera mitad del siglo XX no existía en el país, ni en el estado por supuesto, un servicio de seguridad social del Estado que atendiera a los trabajadores y sus familias, lo que implicaba que los médicos de las ciudades y pueblos fueran contratados

do Newman, Dr. Jorge Carrillo, Dr. Luis F. Rangel, Dr. Joaquín Martínez Dávalos, Ing. César Morelos Zaragoza, Ing. Antonio Pedraza, Lic. José Trinidad Tovar y Lic. Salvador Muñoz. Cf. Tomás Calvillo Unna, *El Navismo, o los motivos de la dignidad*.

por los empresarios locales para atender a sus empleados. Los Nava examinaban tanto a ferrocarrileros, trabajadores obreros, como a comerciantes y algunos empresarios de la ciudad.

El amplio respaldo social que recibió la familia Nava en sus diversas incursiones políticas se debió sin duda al buen ejercicio de su profesión, pero también fue decisivo el intenso activismo que desarrollaron en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí (UASLP), en la que fueron profesores y directivos, así como sus buenas relaciones con diversas congregaciones católicas de la ciudad. En síntesis, en los Nava se conjuntaban los atributos del ciudadano de una república democrática, que por desgracia nuestro país no era.

La decisión de crear la FPI y la UCP obedecía en la forma a la coyuntura política del momento; sin embargo en el fondo sus motivos eran añejos y sólo se habían fortalecido con el pasar de los años. Una de las primeras muestras de independencia cívica que había mostrado Salvador Nava hacia el statu quo del San Luis Potosí posrevolucionario la dio junto con otros universitarios en 1949, cuando hicieron pública una carta en la que se oponían enérgicamente a la decisión del rector de la UASLP, Augusto Díaz Infante, de entregar un reconocimiento público al general Santos porque supuestamente había sido el artífice, en 1943, de la autonomía de que gozaba la universidad.

En esa misiva los universitarios pedían el retiro del agradecimiento al ex gobernador, argumentando que la autonomía de la máxima casa de estudios potosina había sido lograda en 1922, durante el periodo del gobernador Rafael Nieto. El asunto no fue cosa menor. Por el contrario, fue una decisión temeraria que iba más allá de evidenciar lo ilegítimo de un acto, pues mostraba el abierto rechazo que un sector importante de

la comunidad universitaria tenía hacia quien en ese momento ejercía el papel de factótum de la vida pública del estado. Fue la muestra de que germinaba algo más que una espontánea inconformidad.

Unos años después, en 1956, las diferencias entre los Nava y el general Santos se hicieron presentes nuevamente cuando el mayor de los hermanos Nava, Manuel, durante el periodo de ejercicio como rector de la UASLP, hizo público el intento que realizaba el general Santos para evitar su reelección en la rectoría:

El diputado Jesús Medina Romero sugirió al rector la conveniencia de tener una conversación con el señor Santos sobre la Universidad. La plática tuvo lugar el 12 de diciembre, y en ella, al exponer el rector a Santos la situación económica de la UASLP, dado que el gobierno federal la tenía catalogada como una Universidad reaccionaria y le aconsejó que no pensara en reelegirse, pues la Universidad seguiría encontrando serias dificultades, en cambio, dejando a otra persona, él se comprometía a influir tanto en el gobierno federal como en el gobierno del estado para que ayudara a la UASLP.³

La pugna con Santos adquirió dimensiones mayúsculas a partir de que se hizo pública su sugerencia para evitar la reelección de Manuel. Se pasó de una relación tirante, que se mantenía en el terreno de la prudencia política, al enfrentamiento abierto, frontal. Se adoptaba de esa forma un camino sin retorno hacia la confrontación política. No era una protesta de algunos jóvenes universitarios contra la excesiva intervención en la vida pública del estado del político revolucionario — que asumía con plenitud su papel de héroe y cacique —, sino la confrontación

³ Tomás Calvillo Uma, 1986. *El Navismo o los motivos de la dignidad*, Formas Impresas Kaiser, San Luis Potosí, 2007. *Pulso de San Luis* (18 de mayo).

plena de las autoridades universitarias, y un numeroso sector de profesores y alumnos que no estaban dispuestos en asumir el papel de súbditos.

Con estos antecedentes queda claro que la fundación de la UCP obedeció más a una lucha iniciada años atrás —por un grupo de ciudadanos de alta intensidad que pretendían ejercer sus derechos políticos, y por supuesto que aspiraban a que todos los potosinos la ejercieran— que a un acto espontáneo, sin pasado, que se generaba al calor de las pasiones políticas del momento.

Cabe subrayar que también la desobediencia ciudadana se nutría de la paulatina transformación que experimentaba la sociedad potosina en esos años. Comenzaba a mutar de lo rural a lo urbano, dando los primeros pasos para dejar atrás su condición de analfabeta, y por consiguiente engrosar las aulas de escuelas y la universidad; de una sociedad que inauguraba la marcha para dejar atrás los instrumentos de labranza para tomar las herramientas, las máquinas y el mostrador. En fin, la sociedad potosina se perfilaba a incrementar con cierta lentitud las filas de una naciente clase media que exigía mayor participación en la vida pública, y que buscaba ejercer el poder político en todas sus dimensiones.

En ese contexto, la tarea que Nava y sus seguidores se impusieron con la fundación de la UCP resultaba de alta envergadura, ya que a través de la lucha electoral por la presidencia municipal de San Luis Potosí pretendían revertir una cultura política dominante que veía en la ciudadanía una condición imaginaria, y que sólo resultaba de utilidad para legitimar el arribo al poder de una clase política que emergió al calor de las balas y escaramuzas del movimiento armado de principios de siglo XX.

Los resultados de esa primera experiencia fueron reconfortantes para ese grupo de ciudadanos que pretendía incidir en el devenir político de la entidad. La campaña, que se extendió a otros municipios por la búsqueda de alcaldías, fue exitosa porque logró atraer a diversas corrientes políticas presentes en el escenario político local, desde sinarquistas hasta comunistas, desde mineros, ferrocarrileros, obreros y empleados hasta estudiantes, amas de casa, comerciantes y pequeños empresarios.

Pero además, no obstante la supuesta ingenuidad de su corriente política, como él mismo Nava solía llamarla,⁴ el éxito del movimiento se reflejó también en las urnas, lográndose lo impensable unos meses atrás: derrotar al santismo con las armas de la razón y la movilización electoral. Por vez primera en la historia política de la pos-revolución, la capital del estado tuvo un presidente municipal electo por los ciudadanos, Nava había sido candidato independiente.

El mensaje que se envió en ese momento fue contundente para todos, propios y extraños: había posibilidades de que los ciudadanos organizados vencieran al cacique. Se cumplía de esa forma la lapidaria frase de los colaboradores del presidente Adolfo López Mateos, quienes en SLP a mediados de 1958 (meses antes de la campaña por la presidencia municipal), durante la campaña por la Presidencia de la República habían declarado a los medios de comunicación locales que “los caciques duran hasta que el pueblo quiere”. El pueblo había querido y al menos en el ayuntamiento potosino el cacique no había decidido más.

Nava fue reconocido por las autoridades políticas como nuevo presidente municipal capitalino estatal el 23 de diciembre, y

⁴ Tomás Calvillo Uma, *op. cit.*

tomó posesión el primero de enero de 1959. Pero, contrario a lo que se hubiera esperado, más que aminorarse, su protesta se intensificó con la exigencia de la salida del gobernador Manuel Álvarez, señalado como incondicional del general Santos y como uno de los responsables de la represión sufrida por los miembros del movimiento del 5 de diciembre en la plaza de armas de la capital.

Finalmente, el 27 de enero de 1959, el gobernador Álvarez fue separado por el Congreso del Estado de su cargo como gobernador, y relevado por el entonces diputado federal Francisco Martínez de la Vega.⁵ La noticia fue recibida con júbilo por los navistas, quienes vieron en ello una señal inequívoca de que finalmente el Presidente de la República había decidido que ése era el momento para concluir con la influencia de Gonzalo N. Santos en San Luis Potosí.

El paso de Nava por la presidencia municipal de San Luis Potosí fue igual de intenso que su campaña. Las tareas que tenía enfrente un gobierno emanado de una fuerte corriente política ciudadana no eran menores, de tal forma que el cauce que se dio al movimiento ciudadano fue el de su inclusión en la función de gobierno. El primer gobierno no priista en la entidad se caracterizó por estimular una amplia participación ciudadana.

Sin embargo, la vuelta a la realidad política la tuvo el navismo después de dos años de ejercicio gubernamental en el municipio de San Luis. Si bien es cierto que durante su periodo de gobierno Nava mantuvo una tersa y hasta cordial relación con las autoridades políticas locales y federales, eso no fue suficiente

⁵ Miguel Ángel Granados Chapa, *¿Nava sí, Zapata no!*, México, Grijalbo, 1992, p. 42.

para que le permitieran aspirar libremente a otro espacio de gobierno como era la gubernatura del estado.

Concluido el segundo año de ejercicio como presidente municipal, Nava decidió —impulsado por sus amigos cercanos y colaboradores— buscar la gubernatura de la entidad, primero tratando de ser candidato del PRI, y finalmente por la vía ciudadana, tal como lo había hecho dos años atrás (respaldado en esta ocasión por el Partido Acción Nacional). El proyecto sin duda tenía sentido por dos razones: una, porque en 1958 se habían registrado algunas réplicas del movimiento en otros municipios; y, dos, porque el prestigio del doctor se había esparcido por toda la entidad bajo el aura del médico de pueblo que pudo derrotar al poderoso cacique en su propio medio: las aguas de la política.

Bajo este contexto, y descartada la candidatura del doctor por parte del PRI cuando fue nombrado como candidato oficial Manuel López Dávila, el navismo inició su periplo por el estado en busca del apoyo ciudadano que le permitiera llegar al Palacio de Gobierno, no sin recibir diversas propuestas y presiones para que abandonara la idea.

Primero fueron las invitaciones para que el movimiento desistiera en sus intenciones políticas. A Alfonso Corona del Rosal, Alfonso Martínez Domínguez y Carlos Hank González, entre otros,⁶ les correspondió tratar de mostrar a los navistas que la idea de la gubernatura no había sido el mejor camino elegido; posteriormente, las presiones se dieron en el mismo campo electoral en disputa, con el acoso a simpatizantes y el boicot a las reuniones públicas, hasta llegar al extremo del asesinato de uno

⁶ Miguel Ángel Granados Chapa, *op. cit.*, p. 46.

de sus representantes, como fue el caso del médico Jesús Acosta, representante de Nava en el municipio de Tamazunchale.

Durante la campaña las cosas se fueron complicando para estos ciudadanos de alta intensidad. Hacer proselitismo fuera de la capital era muy diferente a lo que habían experimentado en la campaña municipal; era un escenario más complejo, más arriesgado, dado el férreo control que ejercía el partido-gobierno en los municipios. Por tanto, el resultado final de la contienda electoral no fue sorprendente: las autoridades electorales declararon como ganador absoluto al candidato del PRI por un margen de votación superior a los 120 000 votos.

La respuesta del movimiento fue la declaración de desconocimiento del resultado, y por tanto del nuevo gobernador electo. La salida que se tenía no era otra que la movilización social, con la esperanza de que se reconsiderara el veredicto, tal como había sucedido un par de años atrás en la disputa por la presidencia municipal de la capital. Con todo, no fueron suficientes las sobradas muestras de inconformidad por el resultado, y lo que recibieron como respuesta los manifestantes fue la represión del gobierno.

La noche del 15 de septiembre se desató una balacera en la plaza de armas, después de concluido el tradicional Grito de Independencia, y con ella vino la persecución de navistas. Se inculpó a los miembros del movimiento como los responsables de una confabulación contra el gobierno, encabezada por el movimiento sinarquista nacional y llevado a cabo por el civilismo potosino que dirigía Salvador Nava.

Para tal efecto, el Ejército, que ya mantenía fuerte presencia en la capital del estado, desplegó una mayor cobertura para proceder

a la detención de los navistas que supuestamente habían participado en la balacera e intento golpista de la noche anterior. Entre los primeros detenidos destacaron el propio Nava, inculpado como el principal instigador, Manuel Flores Delgado, César y Javier Morelos Zaragoza, Óscar Rivera Vargas, Mariano Niño, Felipe Palau, Odilón Carrillo, Francisco Viramontes, Jorge Benavente, Salomón H. Rangel, José I. Hernández, entre otros. El destino de los detenidos fue la penitenciaría local, unos, y el Campo Militar número Uno, los menos.

Semanas después de su detención, fueron paulatinamente liberados cada uno de los detenidos; Nava el 15 de octubre. El recibimiento del líder potosino en su patria fue de júbilo desbordado, su pueblo salió a recibirlo como pocas veces se había recibido a un líder social en la capital potosina. Ésa era la muestra más palpable de que el liderazgo ejercido por Nava rompía con todos los esquemas tradicionales.

Pese al multitudinario recibimiento el daño estaba hecho. La represión de que fueron y siguieron siendo objeto esos ciudadanos de alta intensidad terminó por desalentar los sueños de asumir plenamente su ciudadanía, por lo que tuvieron que entrar en un receso forzado de 20 años. Entre las últimas tareas que el navismo emprendió en la década de 1960 estuvieron los intentos de formación de un partido político local, el Partido Demócrata Potosino (PDP).

En esta primera etapa, el movimiento había entendido perfectamente que la única forma de ejercer los derechos ciudadanos que el marco institucional estipulaba era mediante la organización social. La frase que habían externado los enviados de López Mateos, “los caciques duran hasta que el pueblo quiere”, adquirió sentido pleno cuando cientos de ciudadanos encabe-

zados por Salvador Nava decidieron elegir a sus autoridades municipales, pese a la oposición del general Gonzalo N. Santos, para lo cual contaron con el beneplácito del gobierno federal, que vio en esta coyuntura el mejor momento para hacer a un lado a un político incómodo para el presidente de la república.

Sin embargo, ese primer impulso ciudadano no fue suficiente cuando desconociendo, o ignorando los códigos del sistema político mexicano, emprendieron una batalla de mayor envergadura, como lo fue la gubernatura del estado, sin contar para ello con la fuerza social estatal lo suficientemente poderosa como para obligar a la presidencia, que se erigía en esos años de esplendor del partido de Estado en el máximo elector, a no intervenir en el proceso electoral potosino y dejar en manos de los ciudadanos su destino político.

La represión de que fue objeto el movimiento dejó al descubierto lo que el propio Nava reconocería años más tarde: la ingenuidad de su movimiento. Esa inexperiencia, como también lo advirtió en su momento el líder sinarquista Jesús Martínez Narzo, los llevó a enfrentarse con la terrible realidad mexicana que dictaba una alta dosis de prudencia para quienes quisieran participar en la vida política fuera de los espacios del partido hegemónico, toda vez que la única posibilidad de fracturar ese monolito era con la movilización social, pero está tenía que ser lo suficientemente fuerte como para ser capaz de no quedar en el intento, como finalmente sucedió en 1963.

El regreso del navismo se concretó dos décadas después, cuando en 1981 Salvador Nava fue invitado y presionado por amigos y simpatizantes para asumir nuevamente su liderazgo político y social. El objetivo era encabezar una coalición multipartidista que hiciera frente a los intentos del gobernador y líder sindical,

Carlos Jonguitud Barrios, por preservar espacios de poder y erigirse de esa forma en el gran elector de la entidad.

Esa campaña de principios de la década de 1980 extrajo del fondo de muchos potosinos de la capital un espíritu de lucha que parecía extinto. Se revitalizaron las redes de apoyo que el navismo había erigido en las décadas de 1950 y 1960, y se construyó un nuevo entramado social de ayuda, en gran medida resultado de la permanente presencia de Nava y muchos navistas en diversos ámbitos de la vida social potosina, en la educación, la Iglesia, la empresa, los clubes sociales, las colonias y las fábricas.

Los resultados de la elección fueron los esperados. El gigante había despertado: nuevamente Nava encabezaba un gobierno municipal en la capital del estado. Los cómputos, aunque cerrados, no dejaron lugar a dudas, y pese a la renuencia del gobierno por reconocer el triunfo, la coalición integrada por el Frente Cívico Potosino, El Partido Acción Nacional y el Partido Demócrata Mexicano, obtuvo la victoria por un margen de más de 12 000 sufragios.

Con esta elección se abrió en la entidad una nueva etapa política, la cual coincidía con una serie de transformaciones que estaban en marcha en diversos espacios del territorio nacional. El país venía experimentado unos años atrás una serie de cambios profundos que hacían insostenible el modelo económico y político del país. La sociedad mexicana era en esos momentos eminentemente urbana, más educada, con un creciente interés en los asuntos públicos y presa de continuas crisis económicas.

Nuevamente la coyuntura para el cambio político fue inmejorable para el movimiento civilista, pues se combinaron una

serie de factores que le imprimieron mayor certeza de éxito a la participación política fuera del partido hegemónico. Primero, porque el país era totalmente diferente al que había conocido el navismo en su primera etapa; y segundo, porque al igual que en la década de 1950, el poder central veía en el jefe político local un obstáculo para sus propios intereses — era evidente que el presidente de la república recién electo, Miguel de la Madrid Hurtado, y su grupo, no veían con simpatía al profesor Carlos Jonguitud Barrios, quien además de gobernador del estado se mantenía como líder del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) —.

Durante la década de 1980, San Luis Potosí se caracterizó por transitar un periodo de permanente movilización política del navismo, y los partidos opositores al PRI. La lucha se dio en todos los frentes, electoral y social, teniendo como fondo la búsqueda de mejores opciones de desarrollo económico y político que permitieran revertir el atraso de la entidad. El avance opositor al Revolucionario Institucional se dio con cierta lentitud, como preparando de alguna forma el camino para lo que vendría en los albores del último periodo del siglo XX.

La última gran batalla que emprendió el navismo se dio en las elecciones de 1991 para renovar el Poder Ejecutivo local. Las condiciones políticas estaban dadas para pensar en una alternancia política, tanto por la enorme experiencia política acumulada por los partidos y grupos opositores al PRI, como por los síntomas de agotamiento que reflejaba el partido en el poder en su interior después de la crisis de gobierno de 1986, con la salida del gobernador Florencio Salazar, y la permanencia como responsable del gobierno de Leopoldino Ortiz Santos, así como del proceso de selección del candidato oficial.

La campaña del navismo a la gubernatura del estado transitó por un camino sinuoso de principio a fin. Primero, por las difíciles condiciones físicas en las que su máximo líder emprendió la misión, aquejado por un cáncer que lo hizo dudar de iniciar esa tarea y le dificultó desplegar un mayor activismo; y segundo, por la renuencia del gobierno, el partido en el poder y su candidato, para competir en condiciones democráticas que le abrieran paso en la entidad a una nueva etapa política.

La campaña por la gubernatura del estado estuvo marcada por claros oscuros que fueron configurando el desenlace que ya conocemos. Por un lado, la insistencia del candidato del PRI para ganar a toda costa, bajo la premisa de que el fin justifica los medios; y por otro, la amplia movilización social emprendida por el navismo, que logró cimbrar las estructuras políticas locales, y a partir de ese momento marcar la ruta de la transición política potosina.

Hoy, a punto de cumplirse los primeros cincuenta años de iniciado el movimiento navista en San Luis Potosí, el mensaje sigue flotando en el ambiente, no nada más de estas tierras, sino también de aquellas que aún no logran consolidar el ejercicio efectivo de la ciudadanía. La organización permanente de los ciudadanos que buscan conservar o incrementar sus derechos es el único mecanismo que permite una sociedad más igualitaria.

En tres etapas diferentes el movimiento civilista potosino dio muestras contundentes de que la organización social, combinada con cierta dosis de fortuna, es el camino que permite a una sociedad detener y revertir el autoritarismo de un grupo político o económico, y que por el contrario, la desorganización lo mantiene, como apuntara Stephen Holmes:

[...] las condiciones de pobreza e injusticia pueden ser compatibles con la estabilidad política. Esto ocurre si a los perdedores (los desprotegidos) se les mantiene desorganizados, y en una etapa de pasividad; si los órganos represivos están bien formados; si el botín se distribuye intramuros; y si los potenciales centros de oposición al orden vigente son aplastados o cooptados conforme vayan surgiendo.⁷

La figura de Salvador Nava, como bien apunta el historiador Tomás Calvillo, crece en un tiempo en donde la dignidad política parece desaparecer. La figura del oftalmólogo del pueblo convertido en líder político y moral, capaz de movilizar a cientos de miles en una lucha democrática por encima de las etiquetas partidistas.

⁷ Stephen Holmes, "Linajes del Estado de Derecho", en John Ackerman (coord.), *Más allá del acceso a la información, transparencia, rendición de cuentas y Estado de derecho*. México, Siglo XXI, 2008, p. 160.



Salvador Nava Martínez, 1961.



Salvador Nava y Conchita Calvillo de Nava.



Salvador Nava, 1961.



Salvador Nava y Conchita Calvillo de Nava.



Salvador Nava, 1961.